

El callejón de la monja

LEYENDA
CACEREÑA

MIS frecuentes y casi cotidianos paseos por la ciudad antigua de Cáceres, han sido los inspiradores de este cuentecito, completa y absolutamente imaginario. Nada de lo que en él se relata a la realidad pasada ni presente se parece. Así que vengo a repetir lo que tantos y tantos autores: todo parecido con la realidad, es pura coincidencia. Sólo he tomado de aquéllas los nombres con que hoy figuran denominadas las angostas y empinadas callejas, tan llenas de bellezas y de evocadoras páginas de su historia.

* * *

Empieza la nuestra entre los viejos muros de un palacio nobiliario, de clásica línea renacentista, en cuya fachada y sobre la balconada principal campea el escudo heráldico de la familia: cinco flores de lis, cimera frontal y cruz de remate.

Esta familia de los Aldana, arraigó en la época en que las mesnadas cristianas mantenían luchas de reconquistas contra los ejércitos arábigos. Era jefe de ella por aquel entonces, don Diego de Aldana, personaje de acrisolada lealtad a los Reyes, curtido en batallas contra los sarracenos y contra los nobles oponentes al poder real. Don Diego no era noble por su cuna; después se ennoblecó por sus hechos de armas. Por las mercedes recibidas y justo enriquecimiento, construyó su casa palacio donde residía con su familia y servidores.

Ella estaba formada por su esposa, la ya noble dama doña Elvira y sus dos hijas; la mayor, así mismo llamada Elvira e Inés que era

la segunda y última, al parecer. No habían tenido sucesión masculina y ya en ella toda esperanza perdida por el tiempo transcurrido sin que la tal dama diera síntoma de nueva maternidad.

La vida en la mansión transcurría feliz y placentera una vez que las guerras se habían alejado y don Diego no estaba ya obligado a salir al frente del Ejército real.

Era tradicional ver a diario en la puerta de la casa, a la misma hora, inmediatamente después del Angelus, una larga fila de mendigos que recibían de manos del propio señor, unas monedas y del caldero mogollón que portaba el criado, un amplio cucharón de suculenta sopa con tropezones. Los bendecía a todos y despedía hasta el día siguiente. Su esposa, dama ejemplar, llevaba la dirección doméstica y la educación de sus hijas, modelo de virtudes cristianas y de íntima formación en el santo temor de Dios.

Elvira, la mayor, como ya ha sido dicho, a la sazón de diecinueve años, como primogénita y universal heredera, había sido destinada al matrimonio para lo cual, su educación había estado orientada a tales menesteres importantes. Recibía lecciones de música y canto —para lo que Dios le había dotado de méritos distinguidos— de bordados y costuras; de latín, algo de humanidades y lectura de algunos manuscritos de historia y de gestas.

Inés, por el contrario, que contaba quince años, estaba recibiendo la formación propia de quien había de dedicar su vida al claustro. Desde su nacimiento, el padre había determinado su ingreso en el Convento de las Madres Jerónimas, refugio honesto y seguro, para llevar la vida dedicada a la oración y a la contemplación. La comunidad de este convento era toda de damas nobilísimas, bajo la maternal dirección de la Abadesa, continuadora de una generación destinada a regir esta casa con las normas de la más austera disciplina.

* * *

Llegado que fué el día de los desposorios de Elvira dejando ya la casa de los padres todas las atenciones fueron dedicadas a la menor Inés para su ingreso en el convento de las Jerónimas. Los preparativos fueron detenidos, abundantes y meticulosos como exigía una ceremonia tan importante y transcendental para su futuro y vida toda. Para sus padres, era más importante que el matrimonio de la mayor. Esta sería esposa de un hombre; aquélla sería una Esposa del Señor.

Y fué llegado el momento de tan solemne acontecimiento.

Inés ingresó de novicia en el claustro trinitario un precioso día primaveral.

Ante toda una vida floreciente y pujante; ante una gloriosa juventud y sin par belleza, Inés se viste el blanco hábito y comienza una nueva vida dedicada, entre los altos muros del convento y la sombra de los viejos álamos, al servicio de Dios.

Llegó contenta y esperanzada. Llena su alma de blancas claridades y espirituales esencias; ilusión ilimitada por que desde su infancia no había oído hablar, para ella, de otra meta mejor; las rejas conventuales y la oración. Y tenemos convertida a Inés, en Sor Inés.

Plácida transcurría su vida. Alegre y hasta juguetona en los ratos de asueto que le concedía la Madre Abadesa, junto con las otras novicias, con las que en corto tiempo intimidó y se hizo querer, tal era de genio abierto, bullicioso y juvenil.

Entre las profesas y la Abadesa, pronto, también se granjeó el cariño por las mismas razones y por la puntualidad en cumplir con las reglas de la comunidad.

Conquistó la voluntad de Leoncio, el viejo jardinero, achacoso y gruñón, que no había tenido en su vida más horizontes que los limitados por las altas tapias de su bello jardín, al que cuidaba primorosamente, y la huertecilla, cual otro jardín, que surtía parcaamente la cocina comunitaria y conventual.

Sor Inés acudía diariamente a las propiedades de Leoncio y le ayudaba en sus menesteres, lo que el viejo jardinero, al principio con protestas, agradecía holgadamente.

Le guardaba la mejor flor de su vergel y ella, con amor, se la llevaba a la Santísima Virgen, que presidía el altar mayor de la capilla.

Pasaba Sor Inés los días llenos de felicidad y no añoraba los cortos pasados en el mundo. La comunidad era para ella una continuación de su familia.

Un día, cuando ya habían transcurrido meses desde su toma de hábito, fué llamada por la Madre Abadesa. Esta quería hacerle el encargo de una nueva obligación: la de acudir todas las tardes a una de las muchas ermitas que a la sazón había en Cáceres y que dependía del convento para reponer el aceite en la lámpara del Santísimo y los objetos de culto.

Para llegar a la ermita había que subir una empinada cuesta; era más bien una calleja descuidada y de precario alumbrado. La dis-

tancia desde el convento a la ermita no era grande pero había que prestar mucha atención en el camino.

Sor Inés empezó su cometido con la alegría de la novedad. Tomó aquella tarde, cuando ya el sol buscaba el ocaso y una corta luminosidad violácea se iba escondiendo por entre las torres almenadas de las mansiones señoriales, la aceitera y se encaminó a la ermita. Abrió su puerta de vieja madera claveteada y chirriante. Un hálito frío acarició su rostro y, orientada por la muy escasa luz que despedía la lamparilla del Sagrario a él se dirigió con pasos vacilantes, temerosa e impresionada. Sentía, o presumía sentir el aleteo de las tranquilas aves nocturnas en su tranquilidad perturbada.

Diligentemente se puso a realizar su cometido y cuando ya lo había cumplido; cuando la lamparilla rejuvenecida despedía mayor luminosidad, oró ante el Santísimo.

Quedó cumplida, por primera vez esta obligación tan importante. Lentamente se fué retirando. Sólo se oían sus muelles pisadas y el tintineo de las cuentas de su largo rosario con el Crucifijo, golpeando al andar sobre su pierna izquierda.

Abandonó el recinto sagrado, cerrando la puerta con seguridad, de la ermita.

Ya en la calle pina del Adarve volvió a sentir un sobresalto, por que le invadió una casi total oscuridad; la única luz cercana, que alumbraba una vieja imagen en la puerta de Santa Ana, era muy débil.

Presurosa dirigía al convento sus pasos, creyendo oír otros detrás de ella. Seguramente sería producto de su, ahora temerosa, imaginación.

Con prontitud, la hermana tornera le abrió la puerta conventual y entró en el recinto sagrado con no disimulada urgencia. La hermana tornera notó su palidez y con sonrisa le preguntó:

—¿Qué le ocurre, Sor Inés, que tan demudada viene?.

—No es nada, hermana tornera, sólo la emoción de esta mi primera salida del convento; el haber estado sola en la ermita a hora casi anochecido, pero ya me acostumbraré. Mañana no me ocurrirá.

Sin embargo, toda aquella noche, queriendo hacer sus rezos con el pensamiento puesto en los mismos, sin poderlo evitar, su imaginación no estaba fija en este espiritual cometido. Involuntariamente, volaba fuera del recinto de la celda monjil. Algo le había ocurrido aquella tarde sin que pudiera, a ciencia cierta, definirlo. Su espíritu quedaba encadenado inconscientemente a un indeterminado acontecimiento.

Al día siguiente, ya se había tranquilizado. Bajó al jardín, buscó a Leoncio que en la vecina huerta trabajaba con sus ermerados cuidados, la jugosa y fértil tierra.

Al ver a Sor Inés, quedó algo sorprendido por la inesperada visita a hora desacostumbrada.

Leoncio, abandonando por unos momentos la azada, levantando la mirada, ya que su encorvado cuerpo no le permitía una total erección, quitándose su mugriento sombrero de palma y rascándose la cabeza, se dirigió con extrañeza a Sor Inés.

—Temprano viene hoy la novicia a su amigo Leoncio. ¿Le ocurre algo a Sor Inés?. A lo mejor, este viejo jardinero puede despejar la cabeza de la monjita. Esta época del año es mala para las jovencitas. Hay mucho sol y muchas flores bellas que embriagan los sentidos. En esta época cuesta más trabajo rezar. ¿Verdad hermana? Leoncio siempre lleva razón.

—Queden los romances quietos, Leoncio. Si he venido hoy más temprano solo ha sido por que tenía necesidad de respirar el aire de este jardín, pero no por lo que vuestra imaginación se figura. He hecho mis rezos y mis obligaciones con la diligencia y obediencia de siempre. Suponía que hoy habría una nueva rosa, más fragante que ninguna para llevarla a la capilla y ofrecerla a la Santísima Virgen.

—Viva en paz la novicia y no se enfade con este viejo gruñón. Leoncio, aquí solo en su huerta y su jardín no hace más que pensar en las cosas de este mundo, preparándose para ir al otro lo mejor posible. Llevaos, en buena hora, la rosa que ha florecido hoy y con ella los consejos de este viejo; cuando un consuelo queráis, Sor Inés, no dudeis de recurrir a mí. Yo poco sé de filosofías, pero lo que es experiencia, sí que tengo. ¡Ay monjita, no eres la primera que acudes en primavera a este jardín!

—Quedad con Dios, amigo Leoncio, y gracias por vuestro obsequio, en nombre de la Virgen.

Ya más tranquila, corrió Sor Inés hacia el interior del convento y como una exhalación entró en la capilla, para hacer la ofrenda. No dijo ninguna palabra. Silenciosamente se llegó al altar y, amorosamente, sobre él la dejó.

Es llegada la hora de cumplir con el encargo que ya, para ella, para Sor Inés, era el principal de todos. Se fué al lugar donde estaba la aceitera y comprobando que estaba bien pertrecha, se dirigió diligente a la portería para que la hermana tornera le abriera la puerta y le diera la llave de la ermita.

Presurosos fueron sus pasos hasta llegar a ella. Corto era el trecho que tenía que recorrer, pero se le hizo interminable el trozo de cuesta empinada que para alcanzarla había de subir. Por fin llegó, y no bien abrió la carcomida puerta, una caricia fría invadió todo su cuerpo. Al punto estuvo la aceitera de caerse al suelo. Logró sobreponerse: no fué más que el cercano vuelo de un murciélago, atemorizado por la inesperada visita.

Dirigió sus pasos al pequeño altar donde estaba el Santísimo y cumplió diligentemente con su cometido, musitando una oración. Sus sentidos estaban alertas; creyó sentir ruidos por el coro alto y, si de verdad lo sintió, eran de veloces carreras ratoniles, igualmente asustadas.

Salió a la calle: temblorosamente giró la llave en la cerradura, asegurándose dejar la puerta bien cerrada. Ahora el corto camino hacia el convento era más llevadero. Era cuesta abajo. Mejor que nunca sentía cómo el largo rosario y el crucifijo, tinteneantes, daban sobre su pierna con amortiguamiento por las gruesas telas de su hábito: tal era el ímpetu de sus agitados pasos. Como el día anterior, más que sentir, lo presintió, a su espalda oyó ruido como crujir de botas y sonar de espuelas, sobre el pavimento de brillantes guijarros; hasta un aliento frío creyó sentir. Ya no fueron ligeros, fueron veloces sus pasos e interminables los minutos en llegar a las Jerónimas.

Con tal rudeza y brío empuñó el aldabón, grande y de pesado bronce, que en todo el vetusto edificio conventual resonaron los aldabonazos. Si mala era la color de Sor Inés, nada buena era la de la hermana tornera, que antes de abrir, precautoriamente miró por el enrejado ventanillo.

—¡Jesús! Dios os guarde, Sor Inés, que mucho me habéis asustado. Pues bien parece que veniais perseguida por el propio Satanás en persona. Ayer os pasó lo mismo, pero no hice mayor caso de ello. Si continuáis así, habré de dar cuenta y razón a la Reverenda Madre Abadesa. Pasad, Sor Inés, en buena hora, y procurad ser más recatada en vuestras llamadas.

—Tened compasión y perdonar a esta novicia, para la que el mundo es desconocido y misterioso —dijo Sor Inés, compungida a la hermana tornera—. Bien sé que soy una mojigata y yo os prometo que no se repitirá. No digáis nada a la Reverenda Madre que me podría regañar.

No quedó tranquila la hermana tornera. Cuando Sor Inés, dejando la aceitera en su sitio, se marchó para el interior del claustro,

sigilosamente abrió, con curiosidad, el ventanillo y forzando su ya cansada vista, con la penumbra del anochecer, le pareció que una sombra se interponía entre la lejana antorcha y ella. Fueron brevísimos instantes, pero la vió. Cerró velozmente el ventanillo, hizo la señal de la Cruz y musitó un «Paternoster».

Nada dijo a la Abadesa. Preocupada pasó la noche y a punto estuvo de descargar su conciencia con otra hermana leña que dormía en la celda junto a la suya, más tampoco se atrevió, temerosa de que le llamara asustadiza y tonta.

Estaba reunida la comunidad, a la hora de la colación.

Sabéis que es piadosa costumbre en las comunidades religiosas, que durante el tiempo de la comida alguien de la comunidad lea de algún libro sagrado un pasaje evangélico o de la vida de algún santo edificante. Pues bien, este servicio de lectura, aquella noche, le tocaba a Sor Inés.

Era evidente; se le notaba que sus servicios no estaban tranquilos y que su imaginación volaba por derroteros distintos de la lectura. En sus manos, el libro temblaba; su dulce voz tenía un tonillo angustioso, frecuentemente se equivocaba de renglón. No apartaba sus ojos del libro, pero sentía que sobre ella estaba clavada la mirada no solo de la Madre Abadesa sino de toda la comunidad. Ello hacía más frecuentemente tropezara y cayera en nuestros errores. Por fin acabó el humilde acto de colación y empezó a desfilar la comunidad, al frente de su Abadesa. Esta, al cruzarse con Sor Inés, le musitó al oído:

—Sor Inés, cuando termine hoy su servicio de cocina, sírvase pasarse por mi celda: le tengo que hablar. Que Dios os guarde.

Sor Inés no pudo moverse del sitio donde estaba. Entonces, si se le cayó el libro al suelo.

Con la mayor diligencia y presurosamente, culminó nuestra novicia sus tareas y marchó rápidamente a la celda de la Madre Abadesa. Golpeó suavemente con los nudillos en la puerta que abrió y penetró, un tanto temerosa. Guardó silencio en espera a que la Abadesa terminara sus rezos, hasta que ésta, volviéndose solemne a la novicia, le dijo:

—Tranquilizáos, Sor Inés, que no voy a reprenderos. Son muchos los años que llevo al frente de la comunidad, que Dios nuestro Señor me ha encargado, y conozco muy a fondo el corazón de nuestras jóvenes. Vos lo tenéis adornado de muy bellas cualidades, y estoy segura de tener en vos una ejemplar sierva de Dios. Pero debéis ir conteniendo vuestros impulsos naturales y juveniles, median-

te un gran esfuerzo de vuestra voluntad. A vuestro padre y señor estoy informando periódicamente de su conducta y progresos, y os garantizo que los informes son buenos. Sé que ahora estáis pasando por una crisis que, pudiéramos llamar sentimental, no amorosa, claro es, y vuestros pensamientos vuelan por tejados ajenos a nuestra casa. Ha sido de propósito el haceros el encargo de ir diariamente a la ermita, por que ello servirá para domeñar y encauzar vuestro temperamento, y que os sirva de propia disciplina.

—Ya sé, reverenda Madre, con cuanto amor maternal estáis guiando mis pasos; os ruego que me perdonéis por la falta de atención y de propio dominio que he cometido y yo os prometo no reincidir en ella, ni en ninguna otra.

—No espera menos de vos, Sor Inés. Id con Dios, y haced con el mayor fervor, esta noche, vuestras oraciones.

Varios días se sucedieron desde éste que acabamos de relatar. Sor Inés temía y a la par deseaba, que llegara la hora de tener que ir a la ermita, por que todos los días había sentido tras ella la misma sensación de acompañamiento y ruido de pasos, llegando a habituarse e incluso a desearlo.

Pero esto no iba a durar así indefinidamente. Cierta tarde, en esos instantes indecisos de luz, precursora de una noche desapacible por el frío y por la lluvia, cuando Sor Inés salía de la ermita no fué ya una sombra la que se interpuso entre ella y la puerta. Era un caballero que, ocultándose el rostro con el embozo de su capa, y tomándola del brazo, le impedía iniciar su camino de regreso hacia el convento. La sensación que ella sintió es imposible de narrar; su cuerpo quedó helado y paralizado; no hubiera podido dar un paso, si lo hubiera intentado.

Oyó que una voz meliflua le sonaba en el oído. Era, como si la lengua venenosa de un aspid le lamiera por la cara.

—Bella novicia así le decía esa voz—ha llegado el momento de que me entregues tu alma y tu voluntad; lo he estado esperando muchos días y de hoy no ha de pasar. Has de venirte conmigo para gozar de todos los placeres del mundo; riquezas, honores, amor y libertad. ¡Sí, todo esto y más de lo que puedas imaginar!. No ha de estar escondida la belleza de una flor sin igual de los jardines del mundo. Preparado lo tengo todo para realizar mis planes. Una carretela nos aguarda con mis criados, abajo, en la plaza, y sobornada la guardia de la Puerta del Socorro, para llegar, es una corta jornada, a mi castillo, donde aguarda todo lo que os he prometido. Os puedo hacer, bella novicia, la más poderosa reina del mundo

Quería Sor Inés gritar; lo intentó, más no podía. Habían quedado obnubiladas todas sus facultades. Sentía en su brazo la garra que la atenazaba y aguantaba. Un ruido metálico oyó de pronto, y que siguió; la aceitera había caído al suelo y rodaba por la pendiente cuesta, dando brincos por las piedras desigualadas del callejón.

No muy lejos, del campanario gótico de San Mateo, venían, sonoras, unas lentas campanadas anunciando un toque de oración. Las cigüeñas, habían afianzado sus largas patas sobre los florones platerescos de la torre de Santa María. Ya a lo lejos, en lo alto del callejón se veía la luz de una antorcha. La ciudad amurallada, se había introvertido en su silencio nocturno.

Sor Inés, no podía soportar aquella violencia física y moral. Carente de voluntad se dejaba llevar y en cortos pasos, con ingravidez etérea, iba bajando la cuesta del callejón. Por su mente pasaron todos los recuerdos, antes vagos y ahora con maravillosa claridad, de su niñez en la casa de sus padres, su toma de hábito de novicia, las fragantes rosas del jardinero Leoncio. ¡Ah!. ¡Las rosas que había puesto a los pies de la Señora!

Y bajaba, bajaba interminablemente la cuesta del callejón. Sintió el dolor de la garra en su brazo. Sintió, más que el tintinear de las espuelas del caballero, su largo rosario rematado en la cruz, que iba golpeando —como si fuera por la calle de la Amargura— en las piedras de los muros roqueños de los palacios. Y llegó, llegó al final del callejón, frente a una muralla almenada de color bermejo y allí la portada en arco de la fortaleza.

Su pena era intensa y su dolor profundo. Oía el susurro de la cautelosa voz del que la secuestraba, incitándola al mundo que ella había renunciado. Iba a traspasar el arco, y con titánico esfuerzo sobrehumano y voluntad, que celestial parecía, elevó sus húmedos ojos al cielo, musitó un «Ave María» y, de pronto, una intensa luz brilló en forma de estrella sobre el arco, y en el hueco de la piedra apareció, refulgente, una imagen de la Santísima Virgen. Mientras, la claridad era cegadora. Sor Inés cayó de hinojos ante ella, que le pareció de real humanidad y llegó sentir su mano protectora, al tiempo que ya no sentía aquella agobiante garra con la que el caballero la arrastraba en su secuestro. Pudo oír con claridad como el tintineo de las espuelas se perdía, ya lejos, por empinado callejón, y la capa carmesí dejaba reflejar los destellos de la luna que ya alumbraba por encima del torreón del Postigo.

Esta vez, Sor Inés, volvió sus pasos al convento de las Jerónimas,

llena de placidez en su alma, envuelta en un fragante olor de azahares. Le abrió la puerta la hermana tornera, diciéndole:

—Mucho ha tardado hoy en volver la novicia. ¿Y la aceitera, la ha dejado olvidada en la ermita?

—No hermana, quedó vacía y los angeles se la han llevado al cielo para llenarla.

Y en el Arco de la Estrella sigue venerándose la imagen de Nuestra Señora. El pueblo que conoció la leyenda, llamó a la cuesta el Callejón de la Monja.

Manuel GARCIA CEBALLOS



Cuando llega el adiós

En pleno estío
de mañana,
al alba,
sin luz apenas.

En la obscuridad,
los olivos
sombra hacían
a mi pena.

Adioses últimos
a rincones,
paisajes,
otero infantil.

Luces que fueran
de años tempranos,
hoy,
adiós a todo.

Alto el sol
—lejos del lugar—
vino a mi
el despertar.

Lejos y...
frente al mar
¡Inmensa!,
la crueldad...

¡Cuántas veces
me postré, ante ti,
oh, tierra
de mi lugar!

Enrique GRACIA PEREZ